

La evaluación como proceso creativo

El relato de una experiencia en el Liceo



Profesor Julián Carrera

En primer lugar, quisiera agradecer la invitación a participar en esta revista para compartir las experiencias que las/los docentes tenemos en el colegio y destacar este espacio como un canal de diálogo e intercambio entre colegas. Lo subrayo porque en buena parte de los espacios educativos no abundan las instancias para compartir experiencias entre educadoras/es cuya práctica suele ser muy solitaria sin tener demasiado contacto con la labor de las/os docentes que tenemos al lado. Precisamente este trabajo se desprende de un encuentro que tuvimos entre varios colegas del área de Ciencias Sociales en el cual se nos solicitó que presentáramos algunas estrategias aplicadas últimamente para evaluar a las/los estudiantes en nuestros cursos. Lo que sigue es una propuesta que llevé adelante con mis alumnas/os en el último año y ha resultado muy interesante. Además, tal vez pueda ser inspiradora para prácticas en otros cursos y disciplinas.

Antes de comenzar a describir la propuesta concreta, es necesario un breve comentario sobre el marco teórico en la cual descansa. La noción de aula heterogénea y educación inclusiva son los pilares conceptuales que nos guían aquí, puesto que ya no es posible pensar en una educación que no tenga en cuenta las características particulares de las/los estudiantes con quienes trabajamos. En este sentido, no sólo nos referimos a atender a las desigualdades materiales de orden económico y social, sino también a la diversidad de subjetividades que concurren en un grupo de estudiantes. Aquí entran a tallar inquietudes, deseos, aptitudes y capacidades distintas que desde la concepción de aula heterogénea pueden ser propiciadas en lugar de ser reprimidas por una educación normativizada que pretende moldear sujetos en una sola matriz. No nos detendremos más sobre este basamento teórico pues existe una copiosa bibliografía al respecto, empero nos interesa puntualizar los fines de este trabajo sobre la cuestión de la evaluación en el aula heterogénea. Entendemos aquí que a la hora de evaluar debemos descartar definitivamente la idea de evaluación reducida a la simple certificación de conocimientos a través de la exposición de saberes adquiridos por parte del estudiante. En general, esta modalidad implica una sola forma de evaluar para todo el grupo sin atender a las diferencias; es decir, se propone la misma prueba para todos, un examen escrito con las mismas consignas. Por otro lado, los roles de evaluador y evaluado están bien definidos: el primero para la/el docente, el segundo para las/los estudiantes. Finalmente, una concepción verdaderamente alternativa de la evaluación es aquella que la comprende, ya no sólo como una instancia final de comprobación de lo aprendido, sino como una instancia más del proceso de enseñanza y aprendizaje.

Aquí presentaremos entonces las propuestas de evaluación alternativa que ponen en tensión las formas tradicionales de evaluar. Dos premisas destacaremos; en primer lugar, se

descarta el examen monolítico o la forma única de evaluar en beneficio de lo que llamaremos aquí un menú de opciones y, en segundo lugar, se habilita el rol de evaluadores para todos los participantes del proceso de evaluación.

Veamos de qué se trata.

A principio del año lectivo suelo presentarles a mis alumnas/os los contenidos de la materia Historia, la forma en que se desarrollarán las clases y cómo será el proceso de evaluación. Destaco siempre la participación como lo más importante y que la evaluación es continua y no en instancias puntuales. Hasta aquí, pareciera ser parte de *lo común*. La monotonía se rompe al comentarles que no habrá prueba escrita. Un momento de euforia invade el aula tras ese anuncio. La mayoría interpreta eso como la ausencia de pruebas de control, lo cual redundaría en un menor esfuerzo y dedicación para la materia. Al bajar la espuma de la euforia les relato la actividad que tendrán que realizar al finalizar el trimestre. Se trata de una obra colectiva donde deberán integrar parte de los contenidos trabajados, teniendo la posibilidad de elegir el soporte y las estrategias para su armado. De la euforia pasamos al desconcierto. “¿Cómo?”, “¿Qué?”, “No entiendo”, “¿Podés repetir?” se escucha a coro desafinado. Para aclarar la situación, les hablo de una suerte de menú de opciones abierto; es decir, un catálogo de producciones que pueden elegir para elaborar su trabajo final. Allí figuran productos audiovisuales que pueden variar entre un documental, una ficción, un programa de TV o de radio; una producción escrita, monografía, cuento, poema, periódico, etc.; un juego interactivo que haga participar al resto del curso o cualquier otro formato que elijan. Del desconcierto pasamos a un silencio sepulcral durante el cual las/los estudiantes procesan la información vertida y ensayan proyectos de trabajo final. Luego surgen preguntas muy variadas a lo que respondo que en tanto respeten el marco mínimo de contenidos de la materia, pueden crear e imaginar la propuesta que deseen.

Durante el transcurso del trimestre voy recordándoles que tengan en cuenta el armado del trabajo final. Con un mes de anticipación al cierre, advierto al grupo que se están elaborando algunas producciones; algunas/os me adelantan la idea para conocer mi opinión, pero solicitan que no lo comparta con el resto. Un aire de misterio se va instalando en el ambiente, nadie quiere revelar su secreto a las/os otras/os para no ser “copiados” y desean ser originales. Aquí entiendo que uno de los objetivos de la propuesta ya está cumplido, que se apropien de la consigna, le dediquen tiempo y creatividad.

Y llegó el día.

Nos encontramos en la Sala Multimedia para exponer y compartir las producciones. Si bien me habían adelantado algo sobre sus proyectos, no imaginaba lo que iba a resultar. De algún modo, esperaba que me sorprendieran y ellos/as esperaban sorprenderme a mí y a sus compañeros/as. Antes de empezar les entregué a cada grupo una planilla de evaluación en la cual figuraban distintos ítems a tener en cuenta: originalidad/creatividad, contenidos y atractivo. Allí debían volcar las apreciaciones de los trabajos de los otros grupos para exponerlas al final del encuentro.

El conjunto de producciones fue tan variado como sorprendente. Un grupo presentó unas cuentas de Instagram reales creadas con algunos de los personajes históricos con los que habíamos trabajado, enmarcados en su contexto de época. Otro grupo realizó un video en el cual se veía una cartulina blanca que era intervenida con inscripciones y distintos objetos que entraban y salían de cámara mientras una voz en off explicaba con mucho dinamismo. El siguiente fue un juego en el cual todo el curso debía participar. Consistía en una ruleta en cuyos gajos figuraban temas abordados en clase. Un participante tenía que girar la flecha que indicaría preguntas a ser respondidas por grupos, quien más preguntas acertaba recibía chocolates como premio. Seguido a esto se compartió un cuento para niñas/os en el cual se explicaba la formación del Estado argentino a través de lecturas breves e ilustraciones. Luego presentaron otro juego que consistía en un texto que versaba sobre parte de los contenidos trabajados, en el cual faltaban palabras que había que completar con una serie de íconos adhesivos que hacían alusión a los conceptos ausentes; los que

terminaban primero llevaban un premio. El siguiente grupo invitó al curso a observar la pantalla donde aparecía una imagen de una ciudad antigua con un personaje que se desplazaba por distintos espacios en los que iba entablando conversaciones con otros personajes. Los diálogos referían a la situación política, económica y social de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX. Se trataba de una suerte de video juego cuyo contexto era la historia argentina de aquel entonces. El trabajo me dejó maravillado por la habilidad de los autores para crear semejante producto.

El final fue a toda orquesta cuando un alumno puso en *Youtube* una base musical muy monótona y luego de unos compases comenzó a “rapear” con un texto en mano mientras acompañaba el ritmo con su cuerpo. El texto refería a la campaña del desierto y el genocidio indígena. Al cierre de la performance, el autor recibió una ovación de parte de sus compañeros.

Las evaluaciones de estas producciones fueron colectivas, es decir, cada grupo expuso su planilla donde se registraba la apreciación de los demás. Cada nota numérica o alfabética fue argumentada no sin que algunos de los evaluados se fastidiaran, aunque en general fueron muy altas. Allí advertí un gran compromiso de las/os evaluadoras/es que tomaron la tarea con seriedad.

Para cerrar el encuentro, les comenté que no había un grupo ganador, sino que el triunfo había sido de todo el curso por el enorme trabajo que habían realizado. Si bien sonaba a cliché, era realmente lo que pensaba y sigo sosteniendo. Terminé de convencerme de la certeza de lo valioso de la propuesta al escuchar que algunas/os, mientras se retiraban, ya proponían ideas para el trabajo del próximo trimestre...

Entendemos que la propuesta que compartimos se encuentra en línea con los planteos teóricos que repasamos al principio. El menú de opciones abierto ofrecido al curso para atravesar por una instancia de evaluación permite que cada sujeto elija la manera de expresar sus saberes conforme a sus inquietudes.

El trabajo en grupo promueve que cada integrante se ocupe de la tarea que más cómoda le sienta. Algunas/os ampliarán sus lecturas para aportar contenido, otras/os se preocuparán por el soporte en el cual se elaborará el producto final que tiene infinidad de alternativas sobre las cuales deberán tomar decisiones. Todo ello implica un verdadero trabajo en equipo para llegar a una meta de manera satisfactoria. Este proceso estimula sin duda la creatividad y promueve la apropiación del producto final al ser una elaboración propia de los/as estudiantes. Aquí la evaluación deja de ser algo extraño para la/el alumna/o, pues no se trata de un objeto externo con el cual debe enfrentarse, implica un trabajo creativo que surge de su propia labor conforme a sus intereses. En este sentido, podemos entender al proceso de evaluación como una construcción de conocimiento y no sólo de reproducción.

Por otro lado, la evaluación hecha por pares también es una instancia de aprendizaje y reflexión, si bien puede llegar a descolocar e incomodar al/la estudiante, al mismo tiempo resulta enriquecedora ya que demanda una argumentación de la decisión que se toma, con la pretensión de ser justo. Finalmente, el costado lúdico que encierra la propuesta comprende el ingenio de cada grupo por lograr una producción original y creativa. A partir de esta experiencia, he observado que el tiempo dedicado a la elaboración del producto final es mucho mayor que el que suelen destinar al estudio para una evaluación tradicional y la forma de atravesar por esa instancia es mucho más atractiva.

Entiendo que esta propuesta impactará de diferente manera según los grupos y sus intereses. No obstante, dada la flexibilidad que comprende, las opciones son infinitas pues en su creación se refleja la diversidad de estudiantes con quienes nos encontramos en las aulas. Contagiamos el entusiasmo a la comunidad docente del Liceo para llevar adelante este tipo de propuestas y así seguir construyendo una educación más inclusiva que propicie experiencias placenteras y creativas en torno a la evaluación.

Bibliografía

Álvarez, I. (2005). “*Evaluación como situación de aprendizaje o evaluación auténtica*”. *Perspectiva educacional*, Núm. 45. (pp. 45-67). ISSN: 0716-0488.

Anijovich, R. y González, C. (2010). *Evaluar para aprender*. Buenos Aires, Aique.

Perrenoud, P. (2008). *La evaluación de los alumnos. De la producción de la excelencia a la regulación de los aprendizajes. Entre dos lógicas*. Buenos Aires, Ediciones Colihue.

Vallejo Ruiz, M. y Molina Saorín, J. (2014). “*La evaluación auténtica de los procesos educativos*”. *Revista Iberoamericana de Educación*. N.º 64, (pp. 11-25).